







CADA VEZ QUE UN LECTOR RECIBE EN LA MESA DE TRABAJO

de la sala general de lectura un libro o un volumen de la hemeroteca, el engranaje completo de la biblioteca adquiere sentido. La Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada tiene un enorme prestigio entre los investigadores de México y del extranjero que hacen estudios con perspectiva histórica. Desde su inauguración, en 1928, numerosos y destacadísimos investigadores han realizado estudios utilizando sus ricas colecciones. Es mítica la presencia del Seminario de don Daniel Cosío Villegas, durante los años de investigación para la monumental *Historia Moderna de México*. En la conversación con don Moisés González Navarro están presentes siempre — no sin emoción — los años de trabajo en la biblioteca de Hacienda, la redacción de ese monumento de la inteligencia mexicana que es el *Boletín Bibliográfico de Hacienda* y la coordinación de los Archivos Económicos.

Desde luego, la biblioteca recibe todo el tiempo a estudiantes mexicanos y de otros países, quienes realizan prácticas y estudios de muy diversa índole. La biblioteca, con toda evidencia, es una suerte de escuela de lectura crítica. Con el tiempo, los viejos estudiantes, ahora profesores hechos y derechos, regresan con gusto y recuerdan con afecto sus primeras horas en la Biblioteca Lerdo de Tejada. Las afinidades electivas dibujan una lista interminable de lectores que sonríen al recordar los libros en las mesas de trabajo en Palacio Nacional primero y, más tarde, en República de El Salvador.

La institución abre sus puertas también al público general y cotidianamente asisten ciudadanos de a pie interesados simple y llanamente en leer, sin otro criterio que el azar que su gusto e interés les indica. Consultan el periódico del día, figuran el retrato errático que las no-

ticias de prensa hacen del mundo, y gastan horas amables o agrias en la revisión de algún tema de interés pasajero.

Así, la contribución de la biblioteca al mejor conocimiento de las realidades actuales y pasadas de México es muy vasta: es un refugio del conocimiento y, a un tiempo, es elogio de la curiosidad; es un espacio de trabajo académico y un depósito de sabiduría, en un círculo de virtud inagotable en la que el investigador consulta y meses o años más tarde envía la publicación que resulta de sus estudios; es el registro histórico de las actividades de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y patrimonio de importancia universal para la mejor comprensión de los asuntos de tema mexicano; en suma, la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada es —como lo ha sido desde hace ochenta y cinco años — un lugar propicio para el estudio de la historia económica, y para el disfrute de la literatura —especialmente de la poesía—, del arte y de la música.

La Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada se distingue, además, como una sala de importancia internacional para la música antigua, especialmente para el repertorio del clavecín, de belleza única. Celebramos también una década de conciertos de altísimo nivel. Clavecinistas de numerosos países — Francia, Italia, Estados Unidos, Japón, entre otros— y prácticamente todos y cada uno de los clavecinistas mexicanos incluidos más de treinta estudiantes de las escuelas nacionales de Música han participado en nuestro programa. Basta mencionar a Bob van Asperen, Pierre Hantaï, Luisa Durón, Francesco Corti, Benjamin Alard, Beatrice Martin, Masato Susuki y Aapo Hakkinen para dar idea del nivel que tiene el programa de música antigua de la Biblioteca. Los conciertos han contado todos estos años con la coordinación musical de la Mtra. Claudine Gómez-Vuistaz. El maestro Raúl Moncada, por su parte, ha iniciado en la Biblioteca los conciertos de la Orquesta Novum Antiqua Musica y celebramos nuestro aniversario con los 25 años de La Fontegara. Se ha creado un público exigente, conocedor y numeroso en los conciertos, en la Antigua Capilla de San Felipe Neri, cuya acústica es soberbia.













Quienes llegan a la Biblioteca Miguel Lerdo de

Tejada buscando un libro en su camino encuentran otros libros. Esta multitud de caminos lleva al mismo sitio, a ese encuentro singular que se parece al sueño y que, paradójicamente, sólo es posible en la vigilia: la lectura, la conversación con los autores del pasado y del presente. Si la cultura de los libros es una y la misma cosa con el espíritu que anima el trabajo de una biblioteca, la consulta de estos acervos tan valiosos obliga a una tarea permanente de conservación, que asegure la guarda adecuada, el mejor manejo, el mobiliario indicado y las condiciones ambientales que inhiban su deterioro. Los libros, sin embargo, sufren con el paso del tiempo, por su naturaleza y fragilidad, daños diversos.

Es una ventaja para México contar con una tradición de buenos encuadernadores y restauradores, atentos a la conservación del patrimonio bibliográfico, pues se nutre de saber y vocación en un oficio de siglos: el que se especializa en los infinitos afanes alrededor del papel, de las tintas y las nobles artes de la encuadernación.

La tarea de conservar un acervo bibliográfico exige identificar los libros deteriorados para ser restaurados, encuadernar los periódicos que llegan día con día y se acumulan en cientos de volúmenes, mantener en buen estado las colecciones, algunos de cuyos ejemplares poseen una belleza que nos emociona profundamente.

Entre otros aspectos relacionados con la creación de condiciones para disminuir el riesgo de deterioro y como parte de los proyectos conmemorativos de su 85 aniversario, la biblioteca ha adquirido mejor mobiliario para un creciente volumen de libros y periódicos, realiza un amplio proceso de encuadernación de periódicos y lleva a

cabo —con expertos restauradores— un programa de restauración e intervención menor de libros de los siglos XVI al XVIII.

La encuadernación de periódicos constituye una tarea constante, pues por así decir, no tiene fin. A la reencuadernación de periódicos que se lastiman por una encuadernación original deficiente o por el uso frecuente a lo largo de décadas, se suma la encuadernación de los periódicos que recibe la biblioteca cada mañana y que con el paso del tiempo forman nuevos y numerosos volúmenes que deben encuadernarse para su conservación permanente.

El taller de restauración, en el que mil volúmenes serán intervenidos y restaurados para recuperar su belleza e integridad, es —nunca mejor dicho— un prodigio, cuyo vocabulario da cuenta del misterio del tiempo, pues los trabajos de restauración tienen un feliz eco antiguo: reposición de lomos, puntas y cofia de cabeza; refuerzo de galerías y cañuelas internas; repegado de guardas; consolidación y sujeción de tapas; recuperación de carteras; guarda charnela y endose de papel. A través de ese trabajo cuidadoso, los libros recuperan un estatuto cifrado en el mayor aprecio. El objeto-libro refrenda lo que a lo largo de la historia ha sido para toda persona sensible: imagen y memoria de los mayores afectos personales. En la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada los libros son, y queremos que sean siempre, hasta el fin de los tiempos, acaso la mejor muestra de civilización entre nosotros.

























